

## CAPÍTULO XIII.

### EL AJUSTE.

Entonces el señor embajador consintió en examinar el collar minuciosamente.

M. Bøhmer mostró curiosamente cada una de las piezas realzando su mérito.

En cuanto al conjunto de las piedras, dijo Beausire, á quien don Manoel acababa de hablar en portugués, el señor embajador no tiene nada que decir, pues es satisfactorio.

Respecto de los diamantes en sí mismos, es diferente; Su Excelencia ha contado diez que están un poco picados, algo manchados.

— ¡ Oh !!! exclamó Bøhmer.

— Su Excelencia, interrumpió Beausire, es más inteligente que vos en materia de diamantes; pues los nobles portugueses juegan con los diamantes en el Brasil, como juegan aquí los chiquillos con vidrios.

En efecto, don Manoel puso su dedo sobre varios diamantes sucesivamente, é hizo notar con admirable perspi-

cia los defectos imperceptibles que quizás un conocedor no había notado en aquéllos.

— Sin embargo, tal como es este collar, dijo Bøhmer algo sorprendido de ver en un señor tan elevado un joyero tan inteligente, es la más magnífica reunión de diamantes que se conoce en este momento en toda la Europa.

— Verdad es, replicó don Manoel, y á una seña suya, añadió Beausire :

— Y bien, señor Bøhmer, he aquí el hecho : S. M. la reina de Portugal ha oído hablar del collar, y ha encargado á Su Excelencia el negociarlo después de examinar los diamantes. Los diamantes agradan á Su Excelencia ; ¿ en cuánto vendéis este collar ?

— En un millón seiscientas mil libras, respondió Bøhmer.

Beausire repitió este guarismo á su embajador.

— Son cien mil libras más de lo que vale, replicó don Manoel.

— Monseñor, dijo el joyero, no se pueden valuar exactamente las ganancias en un objeto de esta importancia ; pues para componer un collar de este mérito, han sido necesarias pesquisas y viajes que espantarían á quien no los conociese como yo.

— Son cien mil libras más de lo que vale, repitió el tenaz portugués.

— Y para que monseñor os diga eso, añadió Beausire, preciso es que tenga una firme convicción, porque Su Excelencia nó regatea jamás.

Bøhmer pareció un poco indeciso, pues nada tranquiliza tanto á los comerciantes suspicaces como un comprador que regatea.

— No me atrevería, dijo al cabo de un momento de perplejidad, á suscribir á una disminución que hace una diferencia de la ganancia ó la pérdida entre mi socio y yo.

Don Manoel escuchó la traducción de Beausire y se levantó.

Beausire cerró el estuche y lo entregó á Bøhmer.

— Por lo mismo hablaré á M. Bossange, dijo este último. ¿Consiente en ello Vuestra Excelencia?

— ¿Qué queréis decir? preguntó Beausire.

— Quiero decir que el señor embajador ha ofrecido al parecer un millón quinientas mil libras por el collar.

— Así es.

— ¿Mantiene ese precio Su Excelencia?

— Su Excelencia no reula jamás ante lo que una vez ha dicho, replicó portuguesmente Beausire; pero Su Excelencia suele reular ante el fastidio de regatear ó de que le regateen.

— Señor secretario, ¿no conocéis que debo hablar con mi asociado?

— ¡Oh! perfectamente, señor Bøhmer.

— Perfectamente, respondió en portugués don Manoel, á quien se había traducido la frase de Bøhmer, pero yo necesito también una solución pronta.

— Pues bien, monseñor; si mi socio acepta la disminución, yo por mi parte la acepto desde ahora.

— Está bien.

— De consiguiente, el precio queda desde este momento fijado en un millón quinientas mil libras.

— Sea.

— No falta más, dijo Bøhmer, que la ratificación de M. Bossange.

— Corriente.

— Y los términos del pago.

— Respecto de eso, no tendréis la menor dificultad, dijo Beausire. ¿Cómo queréis ser pagado?

— Si es posible al contado.

— ¿Qué llamáis al contado? preguntó friamente Beausire.

— ¡Oh! bien sé que nadie tiene millón y medio en metálico disponible! exclamó Bøhmer suspirando

— Y por otra parte, señor Bøhmer, eso os embarazaría á vos mismo.

— Sin embargo, señor secretario, no podré consentir en no recibir dinero contante.

— Es muy justo.

Y se volvió hacia don Manoel, diciendo:

— ¿Cuánto daría en dinero contante Vuestra Excelencia al señor Bøhmer?

— Cien mil libras, dijo el portugués.

— Cien mil libras al firmar el contrato, dijo Beausire á Bøhmer.

— ¿Y el resto? preguntó Bøhmer.

— Al cabo del tiempo que se necesita para que una letra de monseñor llegue de París á Lisboa, á menos que preferais aguardar el aviso enviado de Lisboa á París.

— ¡Oh! tenemos un corresponsal en Lisboa, dijo Bøhmer, y escribiéndole:

— Eso es, dijo Beausire riendo irónicamente; escribidle, y preguntadle si el señor de Souza es persona solvente, y si S. M. la reina es abonada por un millón cuatrocientas mil libras.

— ¡Caballero!... dijo Bøhmer turbado.

— ¿Aceptáis ó preferís otras condiciones?

— Me parecen aceptables las promesas que el señor secretario ha tenido á bien proponerme en primer lugar. ¿Habr  plazos para los pagos?

— Habr  tres, señor B hmer, cada uno de quinientas mil libras, y eso será para vos el negocio de un viaje interesante.

— ¿De un viaje   Lisboa?

— ¿Y por qué no?... El cobrar millón y medio en tres meses merece bien la pena de incomodarse.

— ¡Oh! es indudable, pero...

— Además, viajar is   expensas de la embajada, y os acompañaremos yo   el señor canciller.

— ¿Y he de llevar yo los diamantes?

— Sin duda,   menos que prefirais enviar desde aquí las letras y dejar que los diamantes vayan solos   Portugal.

— No s ... yo... creo... que... sería int til el viaje, y que...

— Esa es también mi opinión, dijo Beausire. Se firmarían aquí las letras; vos recibiréis vuestras cien mil libras al contado; firmar ais la venta, y llevar ais vuestros diamantes   S. M. ¿Qu n es vuestro corresponsal?

— Los señores N n ez Balboa hermanos.

Don Manoel levantó la cabeza.

— Esos son mis banqueros, dijo sonriendo.

— ¿Son los banqueros de su Excelencia? repitió B hmer sonriendo también.

B hmer parecía radiante; su aspecto no conservaba ya la menor nube; y se inclin  como para dar las gracias y despedirse.

De súbito le ocurrió una reflexión que le hizo volver atrás.

— ¿Qué hay de nuevo? preguntó Beausire inquieto.

— ¿Es palabra empeñada? dijo B hmer.

— S , empeñada.

— Salvo...

— Salvo la ratificación de M. Bossange, como hemos dicho.

— Salvo aun otro caso, añadió B hmer.

— ¡Ah, ah!

— Señor, esto es sumamente delicado, y el honor del nombre portugués es un sentimiento demasiado poderoso para que Su Excelencia deje de comprender mi pensamiento.

— ¡Cuántos rodeos!... ¡Al hecho!

— He aquí el hecho. Este collar ha sido presentado   S. M. la reina de Francia...

— Que lo ha rehusado. ¿Qué más?

— Señor, no podemos dejar salir de Francia para siempre este collar sin advertir   la reina, pues el respeto, y hasta la lealtad, exige que demos la preferencia   S. M. la reina.

— Es muy justo, dijo don Manoel con dignidad. Yo desearía que un comerciante portugués tuviese el mismo lenguaje que M. B hmer.

— Estoy muy contento y me envanezco mucho con el asenso que Su Excelencia se ha dignado acordarme. De consiguiente los dos casos previstos son: primero, ratificación de las condiciones por Bossange, y el segundo y definitivo no aceptación por parte de S. M. la reina de Francia. Para esto os pido tres días.

— Por nuestra parte, dijo Beausire, cien mil libras al contado, y tres letras de   quinientas mil libras en vuestro

poder. El estuche con el collar entregado al señor canciller de la embajada, ó á mí, dispuesto á acompañaros á Lisboa, á casa de los señores Núñez Balboa hermanos. Pago íntegro en tres meses. Gastos de viaje nulos.

— Sí, monseñor, sí, caballero, dijo Bœhmer haciendo una reverencia.

— ¡ Ah! exclamó don Manoel en portugués.

— ¿ Qué hay? preguntó Bœhmer volviendo atrás é inquieto á su vez.

— Por adehalas, dijo el embajador, una sortija de mil doblones para mi secretario, ó mi canciller; en fin, para vuestro compañero, señor joyero.

— Es muy justo, monseñor, murmuró Bœhmer, y ya había hecho yo ese gasto en mi mente.

Don Manoel despidió al joyero con un ademán de gran señor, y se quedaron solos los dos socios.

— ¿ Queréis explicarme, dijo don Manoel á Beausire con cierta animación, qué diablo de idea os ocurrió de no hacer que se entregasen aquí los diamantes? ¡ Un viaje á Portugal!... ¿ Estáis loco? ¿ No se podía dar á esos joyeros su dinero y tomar sus diamantes en cambio?

— Tomáis demasiado á lo vivo vuestro papel de embajador, replicó Beausire; pero no advertís que todavía no sois enteramente señor de Souza para M. Bœhmer.

— ¡ Tontería! ¿ habría él entrado en ajuste si abrigase alguna sospecha?

— Decid lo que queráis. Es posible que no hubiese entrado en ajustes, pero todo hombre que posee millón y medio de libras se cree superior á todos los reyes y embajadores del mundo. Todo hombre que permuta millón y medio de libras por pedazos de papel, quiere saber si sus papeles valen alguna cosa.

— ¿ Entonces váis á Portugal, vos que no sabéis el portugués?... os repito que estáis loco.

— Nada de eso, iréis vos mismo.

— ¡ Oh, no pienso en ello! exclamó don Manoel. ¡ Volver á Portugal, yo! ¡ Tengo demasiadas razones para no hacerlo! ¡ No, no!

— Os declaro que Bœhmer no habría dado jamás sus diamantes por papeles.

— ¡ Papeles con la firma de Souza!

— ¡ Cuando digo que se toma por un Souza! exclamó Beausire dándose una palmada.

— Prefiero oír decir que se ha errado el golpe, repitió don Manoel.

— Nada de eso. Venid aquí, señor comendador, dijo Beausire al ayuda de cámara, que acababa de presentarse en el umbral de la puerta. Sabéis de qué estamos tratando, ¿ no es verdad?

— Sí.

— ¿ Me estabais escuchando?

— Ciertamente.

— Muy bien. ¿ Sois de opinión que he hecho una majadería?

— Opino que tenéis cien veces razón.

— Decid por qué.

— Por esto: M. Bœhmer no habría cesado jamás de vigilar el hotel de la embajada y al embajador.

— ¿ Y qué? dijo don Manoel.

— ¿ Y qué? Teniendo su dinero en la mano y su estuche consigo, no conservará ninguna sospecha, y partirá tranquilamente para Portugal.

— No llegaremos hasta allá, señor embajador, dijo el ayuda de cámara. ¿ No es así, caballero de Beausire?

— ¡Bravo! ¡he aquí un mozo de chispa! respondió el amante de Oliva.

— Decid, decid vuestro plan, replicó don Manoel con bastante frialdad.

— Á cincuenta leguas de París, dijo Beausire, este joven, con una máscara en la cara, llegará á mostrar una ó dos pistolas á nuestro postillón; nos robará nuestras letras y nuestros diamantes, molerá á golpes á M. Bœhmer, y quedará corriente el negocio.

— Yo no lo comprendía así, dijo el ayuda de cámara. Yo veía á M. Beausire y á M. Bœhmer embarcándose en Bayona para Portugal.

— Muy bien.

— M. Bœhmer, como todos los alemanes, gusta de ver la mar y de pasearse sobre el puerto. Un día de gran marea se inclina y cae al mar; se cree que el estuche cae con él, y punto concluido. ¿Por qué no habría de guardar el mar millón y medio de diamantes cuando tan bien ha guardado los galeones de la India?

— ¡Ah! sí, ya comprendo, dijo el portugués.

— Es una fortuna, refunfuñó Beausire.

— Sólo que, repuso don Manoel, por haber subtilizado los diamantes ponen á uno en la Bastilla, y por haber hecho al señor joyero mirar á la mar, le ahorcan.

— Por haber robado los diamantes, atrapan á uno, dijo el comendador; por haber ahogado á ese hombre, ni un minuto infunde uno la menor sospecha.

— Además, ya veremos cuando nos hallemos manos á la obra, dijo Beausire. Ahora sigamos representando nuestros papeles; hagamos marchar la embajada como unos portugueses modelos, á fin de que se diga de nos-

otros: Si no eran verdaderos embajadores, á lo menos tenían todas las trazas de tales. Esto es siempre lisonjero. Aguardemos los tres días.

## CAPÍTULO XIV.

### LA CASA DEL GACETERO.

Era el día siguiente al en que los portugueses habían hecho su ajuste con Böhmer, y tres días después del baile de la Ópera a que hemos visto asistir algunos de los principales personajes de esta historia.

En la calle de Montorgueil, en el fondo de un patio cerrado por una verja, elevábase una casita larga y delgada, defendida del bullicio de la calle por unas contraventanas que recordaban la vida de provincia.

En el fondo de este patio, el piso bajo, que era preciso ir á buscar sondeando los diferentes vados de dos ó tres tabucos de mal olor, presentaba una especie de tienda medio abierta á aquéllos que habían salvado el obstáculo de la verja y el espacio del patio.

Era la casa de un periodista bastante afamado, de un gacetero, como se llamaban entonces.

El redactor habitaba en el primer piso. El piso bajo servía

para apilar las entregas de la gaceta, rotuladas por números, y los otros dos pisos estaban habitados por personas pacíficas que pagaban barato el disgusto de presenciar muchas veces al año escenas ruidosas suscitadas al gacetero por agentes de policía, por particulares ofendidos ó actores tratados como ilotas.

En esos días, los inquilinos de la casa de *la Verja*, este era el nombre que le daban en el barrio, cerraban sus ventanas de delante, á fin de oír mejor las angustias del gacetero, que, al verse perseguido, solía refugiarse en la calle de los Viejos Agustinos por un pasadizo de piso llano que comunicaba con su cuarto.

Abríase una puerta secreta y volvía á cerrarse; cesaba el ruido; había desaparecido el hombre amenazado, y los asaltantes se hallaban solos en presencia de cuatro fusileros de los guardias franceses, á quienes una vieja criada había ido corriendo á llamar á la guardia de la Alhóndiga.

No dejaba de ocurrir de vez en cuando que los asaltantes, no hallando á ninguno sobre quien descargar su cólera, la tomasen con los papeluchos mojados del piso bajo, y lacerasen, pisoteasen ó quemasen, si por desgracia había fuego á mano, cierta cantidad de los papeles culpables.

— Pero ¿qué significa un pedazo de gaceta para una venganza que exigía pedazos de la piel del gacetero?

Si se exceptúan estas escenas, la tranquilidad de la casa de *la Verja* era proverbial.

M. Reteau salía por la mañana, hacía su ronda por los muelles, las plazas y los baluartes; hallaba las ridiculeces, los vicios, los anotaba, los dibujaba á lo vivo, y los estampaba bien retratados en su primer número.

El periódico era semanal; es decir que, durante cuatro

días, el señor Reteau cazaba el artículo, lo hacía imprimir en los tres días siguientes, y preparaba á tiempo el de la publicación de su número.

Acababa de publicarse la hoja el día de que hablamos, sesenta y dos horas después del baile de la Ópera en que la señorita Oliva se había divertido tanto cogida del brazo de un dominó azul.

M. Reteau, al levantarse á las ocho, recibió de su vieja criada el número del día, aun húmedo y apestando bajo su cubierta gris roja, y se apresuró á leerlo con el cuidado con que un tierno padre pasa revista á las buenas cualidades ó defectos de su hijo querido.

Cuando acabó de leerlo, dijo á la vieja criada :

— Aldegonda, aquí tienes un número muy lindo, ¿lo has leído ?

— Todavía no, pues no está concluída mi sopa, respondió la criada.

— Estoy contento de este número, dijo el gacetero levantando sobre su extenuada cama sus brazos más extenuados aun.

— Sí, replicó Aldegonda, pero ¿ sabéis lo que dicen de él en la imprenta ?

— ¿ Qué es lo que dicen ?

— Que esta vez de seguro no os libráis de la Bastilla.

Reteau se sentó en la cama, y con una voz sosegada, dijo :

— ¡ Aldegonda, Aldegonda ! Hazme una buena sopa y no te metas en literatura.

— ¡ Oh ! siempre el mismo, repitió la vieja ; temerario como un gorrión franco.

— Con el número de hoy he de comprarte unos pendientes, dijo el gacetero envuelto en su sábana de una

blancura equívoca, ¿ han venido á comprar muchos ejemplares ?

— Todavía no, y si la cosa continúa del mismo modo, no han de ser muy relucientes mis pendientes. ¿ Os acordáis del hermoso número contra M. de Broglie ? Aun no eran las diez y ya se habían vendido cien ejemplares.

— Y yo había pasado tres veces á la calle de los Viejos Agustinos, dijo Reteau ; cada ruido me causaba calentura. ¡ Esos militares son brutos como ellos solos !

— De ahí deduzco, prosiguió Aldegonda con tenacidad, que ese número de hoy no valdrá tanto como el de M. de Broglie.

— Sea así, respondió Reteau ; pero tampoco tendré que correr tanto, y comeré tranquilamente mi sopa. ¿ Sabes por qué, Aldegonda ?

— Á fe mía que no, señor.

— Porque en lugar de atacar á un hombre ataco á una corporación ; en lugar de atacar á un militar, ataco á una reina.

— ¡ Á la reina ! ¡ Looado sea Dios ! murmuró la vieja. Entonces no temáis nada ; si atacáis á la reina, os llevarán en triunfo, vamos á vender muchísimos números y yo tendré mis pendientes.

— Están llamando, dijo Reteau, que se había vuelto á meter en la cama.

La vieja corrió á la tienda para recibir la visita.

Alcabo de un momento volvió radiante de alegría.

— ¡ Mil ejemplares ! decía, ¡ mil ejemplares de un golpe ! ¡ Vaya un buen pedido !

— ¿ Á nombre de quién ? dijo vivamente Reteau.

— No sé.

— Es preciso saberlo, corre pronto.

— ¡ Oh ! tiempo nos queda ; no es pequeña faena contar, atar y cargar mil ejemplares.

— Corre pronto, te digo, y pregunta al lacayo... ¿ Es un lacayo ?

— Es un mozo de cordel, un auverniano con sus ganchos.

— ¡ Bueno ! preguntale dónde va á llevar esos números.

Aldegonda obedeció ; sus gruesas piernas hicieron gemir la escalera de madera chillona, y su voz interrogadora no cesó de resonar á través de las tablas. El mozo de cordel replicó que llevaba aquellos ejemplares á la calle Nueva de San Gil, en el Marais, á casa del conde de Cagliostro.

El gacetero dió un brinco de alegría, que faltó poco para echar abajo su cama ; se levantó, acudió en persona á activar la entrega confiada á los cuidados de un solo amanuense, especie de espectro famélico más diáfano que las hojas impresas, y los mil ejemplares fueron cargados en los ganchos del auverniano, el cual desapareció por la verja encorvado bajo su peso.

El señor Reteau se disponía á anotar en el próximo número el éxito de este y á consagrar algunas líneas al generoso señor que se dignaba tomar mil ejemplares de un folleto pretendido político, felicitándose de haber hecho un conocimiento tan dichoso, cuando resonó en el patio un nuevo campanillazo.

— ¡ Otros mil ejemplares ! exclamó Aldegonda engolosinada por el primer éxito. ¡ Ah ! señor, no es extraño ; desde que se trata de la austriaca, todo el mundo va á hacer coro.

— ¡ Silencio, silencio, Aldegonda ! no hables tan alto. La austriaca es una injuria que me valdría la Bastilla que me has predicho.

— ¡ Y bien ! ¿ es la austriaca, sí ó no ? dijo la vieja con acritud.

— Es una palabra que nosotros los periodistas ponemos en circulación, pero que no se debe prodigar.

Oyóse otro campanillazo.

— Vé á ver, Aldegonda ; no creo que sea para comprar números.

— ¿ Y por qué no lo creéis ? replicó la vieja bajando.

— No sé ; me parece que estoy viendo un hombre de figura lúgubre á la verja.

Aldegonda seguía bajando para abrir.

M. Reteau miraba con una atención fácil de comprender desde que hemos hecho la descripción del personaje y de su oficina.

En efecto, Aldegonda abrió la puerta á un hombre vestido sencillamente, que preguntó si se hallaba en casa el redactor de la gaceta.

— ¿ Qué tenéis que decirle ? preguntó Aldegonda con alguna desconfianza.

Y apenas entreabría la puerta, dispuesta á cerrarla á la primera apariencia de peligro.

El hombre hizo sonar algunos escudos en su bolsillo, y aquel sonido metálico dilató el corazón de la vieja.

— Vengo, dijo, á pagar los mil ejemplares de la *Gaceta* de hoy que han venido á tomar en nombre del señor conde de Cagliostro.

— ¡ Ah ! si es así, entrad.

El hombre pasó de la verja, pero no bien la había cerrado cuando, detrás de él, otro joven visitante, alto, esbelto y de hermoso rostro, llamó á aquella reja, diciendo:



— Perdonad, caballero.

Y sin más formalidad se deslizó detrás del pagador enviado por el conde de Cagliostro.

Aldegonda, absorta con la ganancia y fascinada por el sonido de los escudos, llegaba donde estaba su amo, á quien dijo :

— ¡Vamos, vamos! todo va bien, aquí están las quinientas libras del caballero de los mil ejemplares.

— Recibámoslos noblemente, dijo Reteau parodiando á Larive en su más reciente creación.

Y se endosó una bata bastante bella que le venía de la munificencia, ó más bien del terror de madama Dugazón, á quien, desde su aventura con el escudero Astley, chupaba el gacetero abundantes regalos de toda especie.

Presentóse el pagador de Cagliostro, puso de manifiesto un talego de escudos de seis libras, y contó hasta ciento que puso en doce pilas.

Reteau contaba escrupulosamente, y examinaba si las monedas no estaban recortadas.

En fin, habiendo hallado exacta la cuenta, dió las gracias y el correspondiente recibo, y despidió con una sonrisa agradable al pagador, á quien pidió maliciosamente noticias del señor conde de Cagliostro.

El hombre de los escudos le dió las gracias como por un cumplimiento enteramente natural, y se retiró.

— Decid al señor conde, dijo Reteau, que quedo aguardando su primer deseo, y añadidle que no tenga cuidado, pues sé guardar un secreto.

— Es inútil, repuso el pagador, porque el señor conde de Cagliostro es un hombre independiente, y no cree en el magnetismo; solo quiere que se rían de Mesmer y se pro-

pague la aventura de la Cubeta, á fin de divertirse un poco á su costa.

— Bien, murmuró una voz en el umbral de la puerta; nosotros trataremos de que se rían también á costa del señor conde de Cagliostro.

Y M. Reteau vió aparecer en su cuarto un personaje que le pareció mucho más lúgubre que el primero.

Como hemos dicho, era un hombre joven y vigoroso; pero Reteau no participó de la opinión que hemos emitido respecto de su hermosura, pues le halló el ojo y el ademán amenazadores.

En efecto, tenía la mano izquierda sobre el puño de una espada, y la derecha sobre el de un bastón.

— ¿En qué puedo servirlos, caballero? preguntó Reteau con una especie de temblor que le acometía en todas las ocasiones un poco espinosas; y como estas ocasiones no eran raras, resultaba que Reteau temblaba á menudo.

— ¿El señor de Reteau? preguntó el desconocido.

— Soy yo.

— ¿Que se dice de Villeté?

— Soy yo, caballero.

— ¿Gacetero?

— Yo mismo.

— ¿Autor de este artículo? añadió irfamente el desconocido sacando de su bolsillo un número todavía húmedo de la *Gaceta* de aquel día.

— Soy efectivamente, no su autor, sino su editor, respondió Reteau.

— Muy bien; eso viene á ser lo mismo, porque si no habéis tenido el valor de escribir el artículo, habéis tenido la cobardía de dejarlo salir á luz.

— Digo cobardía, añadió el desconocido con frialdad, porque siendo noble, tengo interés en medir mis palabras aun en este tabuco. Pero no hay que tomar á la letra lo que digo, porque esto no expresa mi pensamiento. Para expresarlo, diría: ¡ El que ha escrito el artículo es un infame! ¡ El que lo ha publicado es un miserable!

— ¡ Caballero!!! exclamó Reteau poniéndose muy pálido.

— ¡ El lance es serio! no cabe duda, prosiguió el joven acalorándose á medida que hablaba. Pero escuchad, señor folletista; cada cosa á su tiempo; acabáis de recibir los escudos, ahora vais á recibir los bastonazos.

— ¡ Oh! exclamó Reteau, lo vamos á ver.

— ¿ Qué es lo que vamos á ver? replicó con tono breve y militar el joven, avanzando hacia su adversario al tiempo de pronunciar estas palabras.

Pero no era este el primer lance de esta especie que ocurría á su adversario. Éste conocía los escondrijos de su casa; no tuvo más que volverse para hallar una puerta, salvarla, empujar su hoja, servirse de ella como de un escudo, y de allí pasar á un cuarto contiguo que conducía á la famosa puerta de salvación que daba á la calle de los Viejos Agustinos.

Una vez allí, estaba en salvo, pues hallaba otra pequeña verja que con una vuelta de llave (y la llave estaba siempre pronta), abría y escapaba á todo correr.

Pero ese día era para el pobre gacetero un día nefasto, porque en el momento de poner la mano en la llave, percibió por entre las rejas otro hombre que, agrandado sin duda por la agitación de la sangre, le pareció un Hércules, y que, inmóvil y amenazador, parecía aguardar como alla

en otro tiempo el dragón de Hesperus aguardaba á los comedores de las manzanas de oro.

Bien habría querido Reteau volver atrás, pero el joven del bastón, el primero que se había presentado á sus ojos, había derribado la puerta de una patada, le había seguido, y viéndole entonces detenido por aquel otro centinela, armado también de una espada y un bastón, con sólo alargar una mano le podía atrapar.

Reteau se hallaba cogido entre dos fuegos, ó más bien entre dos bastones, en una especie de patiecillo obscuro, perdido, sordo, sito entre los últimos cuartos del aposento y la bienaventurada verja que daba á la calle de los Viejos Agustinos, esto es, á la salvación y la libertad, si hubiese estado libre el paso.

— ¡ Caballero, os suplico que me dejéis pasar! dijo Reteau al caballero que guardaba la verja.

— ¡ Caballero, caballero! ¡ detened á ese miserable! dijo el joven que perseguía á Reteau.

— Perded cuidado, señor de Charny, que no se escapará, respondió el joven de la verja.

— ¡ Señor de Taverney, sois vos! exclamó Charny, porque en efecto era él quien se había presentado el primero en casa de Reteau, deslizándose detrás del pagador, por la calle de Montorgueil.

Ambos habían concebido la misma idea al leer la gaceta aquella mañana, porque abrigaban en el corazón el mismo sentimiento, y sin comunicársela de ninguna manera, habían puesto en ejecución esa idea, que consistía en presentarse en casa del gacetero á pedirle una satisfacción, y apalearle en caso de negársela. Sólo que al percibirse uno á otro, experimentaron un impulso de mal humor adivi-

nando cada uno un rival en aquél que había experimentado la misma sensación.

Así fué que Charny pronunció con un acento bastante desapacible estas palabras :

— ¡ Señor de Taverney, sois vos !

— ¡ Yo mismo ! respondió Felipe en el mismo tono, haciendo un movimiento hacia el suplicante gacetero, que pasaba su brazo por entre las rejas ; ¡ yo mismo ! pero parece que he llegado demasiado tarde. Pues bien ; no haré más que presenciar la función, á no ser que tengáis la bondad de abrirme la puerta.

— ¡ La función !!! murmuró el gacetero espantado, ¡ la función ! ¿ qué es lo que decís ? ¿ Vais á degollarme, caballeros ?

— ¡ Oh ! dijo Charny ; la palabra es fuerte. No, señor ; no os degollaremos, pero primeramente os interrogaremos, y luego veremos. Me permitís que obre con este hombre á mi capricho, ¿ no es verdad, señor de Taverney ?

— Sin duda, caballero, respondió Felipe ; habéis llegado el primero y tenéis ese derecho.

— Bien, arrimaos á la pared, y no os movais, dijo Charny dando gracias con el gesto á Taverney. ¿ Conque confesáis, querido señor, que habéis escrito y publicado contra la reina el cuento jocoso, como lo llamáis, que ha parecido esta mañana en vuestra gaceta ?

— Caballero, eso no es contra la reina.

— ¡ Ah, me gusta ! Sólo nos faltaba eso.

— ¡ Mucha paciencia tenéis, caballero ! dijo Felipe, que estaba ardiendo en cólera al otro lado de la verja.

— No tengáis cuidado, que no perderá nada el perillán por aguardar, respondió Charny.

— Sí, murmuró Felipe ; pero es que también yo estoy aguardando.

Charny no respondió, ó no respondió á Taverney, pero volviéndose hacia el desventurado Reteau dijo :

— *Ateniotna* es el anagrama de Antonieta... ¡ Oh ! no hay que mentir, caballero... porque eso sería tan soez y tan vil, que en vez de apalearos ó de mataros propiamente, os desollaría vivo. Responded pues, y categóricamente. Os preguntaba si erais el único autor de ese folleto.

— Yo no soy un delator, replicó Reteau enderezándose.

— ¡ Muy bien ! Eso quiere decir que hay un cómplice ; primeramente, ese hombre que ha mandado compraros mil ejemplares de esa diatriba, el conde de Cagliostro como le llamabais hace un momento, ¡ sea ! el conde pagará por sí, cuando vos hayáis pagado por vos.

— ¡ Caballero, caballero ! yo no le acuso, gritó el gacetero temiendo hallarse cogido entre las dos cóleras de aquellos dos hombres, sin contar la de Felipe que iba poniéndose pálido al otro lado de la verja.

— Pero como vos sois el primero á quien tengo en las manos, prosiguió Charny, pagaréis también el primero.

Y dicho esto levantó la caña.

— ¡ Caballero ! si yo tuviese una espada... dijo el gacetero.

Charny bajó la caña, y dijo :

— Señor de Taverney, os ruego que prestéis vuestra espada á ese bellaco.

— ¡ Oh ! nada de eso, yo no presto mi espada honrada á ese tunante ; ahí está mi caña, si no tenéis bastante con

la vuestra, pues es lo único que puedo hacer en conciencia por él y por vos.

— ¡ Voto á brios ! ¡ Una caña ! exclamó Reteau exasperado. ¿ Sabéis, caballero, que yo soy noble ?

— Entonces prestadme á mí vuestra espada, dijo Charny arrojando la suya á los pies del gacetero, y no tendré que volver á tocar esta.

Felipe no tenía ya objeción que hacer. Desenvainó su espada y se la alargó por entre las rejas á Charny, que la tomó saludándole.

— ¡ Ah, conque eres un noble ! dijo volviéndose del lado de Reteau. ¡ Tú eres un noble y escribes semejantes infamias contra la reina !... Pues bien, recoge esa espada, y prueba que eres noble.

Pero Reteau no se movió ; cualquiera hubiera dicho que tenía tanto medio á la espada que estaba á sus pies, como á la caña que un momento antes había estado levantada sobre su cabeza.

— ¡ Voto á brios ! dijo Felipe exasperado. ¡ Abridme esa verja, si gustáis !

— Perdonad, caballero, dijo Charny, este hombre me pertenece á mí primero, como habéis convenido.

— Entonces, apresuraos á concluir, porque yo tengo prisa de principiar.

— Antes de llegar á ese extremo, dijo Charny, debía apurar todos los medios, porque hallo que cuesta tanto dar los bastonazos como el recibirlos ; pero supuesto que este señor prefiere los bastonazos á las estocadas, sea así ; será servido á medida de su deseo.

Apenas estaban terminadas esas palabras, cuando un

grito lanzado por Reteau anunció que Charny acababa de unir el hecho al dicho. Á este primer bastonazo siguieron otros cinco ó seis aplicados vigorosamente, arrancando cada uno de ellos un grito equivalente al dolor que produjo.

Estos gritos atrajeron á la vieja Aldegonda ; pero Charny se inquietó tan poco de los gritos de ésta como se había inquietado de los de su amo.

En este intermedio, Felipe, colocado como Adán al otro lado del paraíso, se roía las yemas de los dedos haciendo el manejo del oso que huele la carne fresca al otro lado de su jaula.

En fin, Charny, cansado de descargar golpes, se paró, y Reteau se prosternó cansado de recibirlos.

— ¡ Bien ! ¿ Habéis concluido, caballero ? dijo Felipe.

— Sí, respondió Charny.

— Pues bien ; entonces devolvedme mi espada que os ha sido inútil, y os ruego que me abráis.

— ¡ Caballero, caballero ! exclamó en tono de súplica Reteau, que veía un defensor en el hombre que había zanjado sus cuentas con él.

— Ya comprenderéis que no puedo dejar á ese caballero á la puerta, le dijo Charny, de consiguiente voy á abrirle.

— ¡ Oh ! ¡ esto es un asesinato ! gritó Reteau ; pues bien, ¡ matadme al punto de una estocada, y acabemos de una vez !

— ¡ Oh ! ahora tranquilizaos, dijo Charny ; pues creo, que este caballero no os tocará siquiera.

— Y tenéis razón, dijo con soberano desprecio Felipe

que acababa de entrar. Vos habéis sido molido á palos ; eso está muy bien, y como dice el axioma legal : *Non bis in idem* ; pero quedan números de la edición, y es necesario destruirlos.

— ¡ Ah, decís perfectamente ! exclamó Charny. ¿ Veis como vale más ser dos que uno solo ? Yo habría olvidado quizás eso ; pero, ¿ por qué casualidad os hallabais á esa puerta, señor de Taverney ?

— Voy á decíroslo, respondió Felipe : Me he informado en el barrio de las costumbres de este perillán, y he sabido que cuando se veía en un apuro acostumbraba escaparse. Entonces me informé de sus medios de fuga, y he pensado que presentándome por la puerta excusada en lugar de presentarme por la puerta ordinaria, y cerrando tras de mí dicha puerta, atraparía á mi zorro en su madriguera. Á vos os había ocurrido la misma idea de venganza, sólo que, más presuroso que yo, habéis tomado informes menos completos ; habéis entrado por la puerta por donde entran todos, y ya iba á escapárseos, cuando dichosamente me he hallado yo allí.

— ¡ Y me regocijo de ello ! Venid, señor de Taverney... Este bellaco va á conducirnos á su prensa.

— Pero mi prensa no está aquí, dijo Reteau.

— ¡ Mentira ! exclamó Charny con gesto amenazador.

— ¡ No, no ! exclamó Felipe. ¡ Bien conocéis que tiene razón ! la letra está ya distribuída, y no queda más que la edición ; pero la edición va á ser destruída completamente, excepto los mil ejemplares vendidos al señor de Cagliostro.

— Entonces va á hacer tacos esa edición en nuestra presencia.

— La va á quemar, que es un expediente más seguro.

Y Charny, aprobando este modo de satisfacción empujó á Reteau y le dirigió hacia la tienda.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.